



S. S. Luis Gonzaga



VISITA EXTRAORDINARIA.

A SAN LUIS GONZAGA.

¡Divina gracia! ¡Hija del Eterno
Que á los de Dios amados
Sirves de guía con afán materno,
Mientras el piélago del mundo tormentoso
Navegan angustiados
Hasta llegar á puerto de reposo!
¡Cuán ufana estarás con la presencia
Del ínclito Gonzaga
A quien tú conservaste la inocencia,
Sin que jamás manchara su alma pura
Culpa mortal aciaga
Hasta que vió de Olimpo la hermosura!
Tú al nacer le cubriste de azucenas
En la ondeante cuna:
Tú esparciste sobre él á manos llenas
Las bellas flores que el empireo cria,
Y en vano la fortuna
Su adorador hacerle pretendia.
En vano, entre la seda y entre el oro,
Y mármoles bruñidos
Vióle nacer: en vano, que desdoro
Reputó de su alma candorosa
Sus dones fementidos,
Y los huyó cual sierpe venenosa,
Obediente á tus voces mira el cielo;

ra.
en

Y la azulada esfera
 Se hace menospreciar el bajo suelo.
 Su mentida grandeza escoria estima,
 Y luego placentera
 A la deidad su mente se sublima.
 Allí se abisma en su adorable seno,
 Allí de las caricias
 De Dios su corazón admira lleno:
 Sin que ya los sentidos le hagan guerra
 Ni turben sus delicias,
 Era ya un ángel sin dejar la tierra.
 En tu regazo amable estaba, cuando
 Su lábio de ambrosia
 La soberana Virgen desplegando,
 "Hijo, le dice, deja el mundo ingrato;
 "Vuela á la Compañía
 "Que tú de ella has de ser un bello ornato."
 Oyóla el jóven; luego apresurado
 Su órden obedece.
 De gozo y de placer enagenado.
 Y tiembla Leviatan, rugo de encono,
 Su ira se enardece
 Y deja al punto el humeante trono.
 Mil veces, mil, con espantable estruendo
 Bramó el estigio lago
 Negras exhalaciones despidiendo.
 Mil veces, mil, en su alma candorosa
 Hacer intenta estrago
 Porque abandone empresa tan gloriosa
 Como cuando del Etna estalla y sube
 La fulgurante llama
 De azufre y de ceniza en densa nube
 Y por Sicilia en hórridos chasquidos
 Furiosa se derrama,
 Dejando los vivientes aturdidos:
 Mas tú, ó gracia, le cubres con tu escudo
 Y profanar su alma
 De Satan el aliento nunca pudo.
 Que cuanto mas se agita y se enfurece,
 Mas crece en Luis la calma,
 Crece el amor y la constancia crece:
 Así tal vez á la empinada encina
 Que la raíz estiende

Por hondo valle cabe agua cristalina
 Arrancar Aquilon sañoso intenta
 Y firme se defiende,
 Y su pompa y raiz mas se acrecienta.

Maestra. Parece sube vd. muy de prisa y aca-
 lorada, Luisita.

Luisa. Si señora, para decir á vd. que he en-
 contrado en la puerta de la calle á la señora Di-
 rectora con otros dos caballeros, un sacerdote y
 un seglar que parece suben á la Amiga.

Maestra. No me coje de nuevo la noticia.
 Esos señores deben ser un señor Canónigo de
 Puebla, y su señor hermano el señor Prefecto de
 México. Niñas, ya lo oyen vds., cuidado con el
 silencio, modito y compostura que guardan duran-
 te la visita.

Directora. Hoy están vds. muy favorecidas
 con estos caballeros que tienen la bondad de vi-
 sitarlas y honrarlas con su presencia; venga vd.
 acá, Luisita, y bese la mano por todas á este se-
 ñor Canónigo.

Maestra. Señora, permitame vd. participar
 del mismo honor, y ofrecerme con toda nuestra
 Amiga á tan distinguidos y nobles caballeros.

Canónigo. Esta señora supongo es la Maestra.

Directora. Sí señor: aquí tienen vds. también
 á la ayudanta, todas á disposicion de vds.

Canónigo. La señorita que se acercó á besar la mano de orden de vd., parece ser la Luisita, segun la nombró, y la misma que tengo entendido representó el principal papel en las instrucciones de que tanto me ha hablado mi compadre.

Directora. Sí señor, y con este motivo permanece aun en la Amiga, para que á su ejemplo se vayan formando las demas; de suerte que mas está de pasanta que de educanda.

Prefecto. Es la predilecta de la señora Directora, por su finura, instruccion y demas propiedades que la distinguen, y hacen tan apreciable.

Luisa. Caballero, todo es favor que vd. me dispensa; aquí no hay mas mérito que el mucho deseo de complacer á vds. en cuanto me sea posible.

Canónigo. ¿Con que esta Amiga está exclusivamente destinada para niñas pobres, dándoles educacion gratuita y suministrándolas los útiles que necesitan para su enseñanza?

Directora. Sí señor; teniendo la satisfaccion de añadir á vds. que corresponden con su aplicacion á los buenos deseos de sus maestras. Traiga vd. las planas formadas por las niñas, Maestra.

Maestra. Aquí tiene vd. de todas clases.

Directora. ¿De quiénes son estas de tan buena letra?

Maestra. Esta es de la Diaz, y esta otra de la Taboada. Tambien son buenas estas de la Teresita y Severa.

Canónigo. Sí la Teresita esa está tambien muy adelantada segun noticias. ¿La Severa será la del cantazo al muchacho en la plazuela de San Juan de Dios?

Severa. ¿Qué, lo vió vd., señor?

Canónigo. Aunque no lo ví, se sabe todo. Me gusta mucho la forma de letra que van sacando: están unas planas muy limpias, muy del día, y todas con su crucecita á lo cristiano.

Prefecto. Loable costumbre que en tiempo de Tertuliano ya se usaba.

Directora. Sí señor, se procura perfeccionarlas en todo cuanto es posible. Traiga vd. algunas niñas que lean delante de los señores, Maestra.

Maestra. Aquí tienen vds. estas señoritas que creo no nos han de dejar mal. Lean vds. esa plana de Pascua, y despues estas coplitas.

Canónigo. Muy bien, muy bien: todas lo hacen con mucho sentido.

Prefecto. Y parten el verso grandemente.

Directora. ¿Quiénes son estas niñas?

Maestra. Esta es hermana de Rafaquito que vd. conoce, y vive junto á su casa de vd. Esta mas chica es la Jacintita.

Prefecto. Sí, que es tambien amiga de llevar flores á la Iglesia para adornar los altares.

Jacintita. ¿Qué me conoce vd. tambien á mí, señor?

Prefecto. No la conozco á vd., pero tengo noticia de su persona y habilidades.

Maestra. Esta es la Cecilia, y esta otra la Leta.

Canónigo. Estas son las de las coplitas de memoria.

Cecilia. ¡Cómo lo saben todo! ¿Qué, son vds. de aquí?

Prefecto. Todo se sabe; todo se sabe: vean vds. como se portan, porque hay un pajarito que todo nos lo canta.

Directora. Aquí tienen vds. tambien de toda clase de labores: ¿de quién es esta, Maestra?

Maestra. Esa es de la Serafinita, aquella que estuvo en las Vizcainas.

Canónigo. Ayer estuvimos en ese colegio, y salimos asombrados de la limpieza y esmero con que se tratan las niñas, y de la educacion fina y completa en todo ramo de instruccion que se les

da. Mucho me habia escrito mi señor tio sobre tanto y tan buenas cosas como hay en México, pero aun es mas del concepto que yo habia formado. Por cierto que una vez, en confirmacion de lo mismo, me remitió un ejemplar de las constituciones de dicho colegio, y no dejan nada que desear ni que mejorar.

Directora. Es verdad; todo está allí inmejorable. Pero digan vds., ¿han estado tambien en la Enseñanza?

Canónigo. Señora, todo el que venga á México, y no empiece por ver y registrar esos hermosos colegios, ni merece el nombre de curioso ni tiene gusto fino. Eso es mas para visto que para oido: órden, distribucion, aseo, asistencia, instruccion, todo va á competencia en medio del número excesivo de niñas que se educan en ellos. Estoy persuadido que el venturoso porvenir de México, depende en gran parte de la educacion cristiana y social que allí reciben tantas niñas que concurren á ellos.

Prefecto. Sin duda alguna, sin que por esto desmerezcan en nada los otros que hemos visto, como el de Belén ó de las Inditas y otros varios.

Directora. ¿Y qué me dicen vds. del hospital de San Juan de Dios?

Canónigo. Ese es para mí uno de los mejores establecimientos que hay en México. ¡Qué aseo! ¡qué asistencia tan puntual y esmerada! Vaya, si aquello está primoroso; como que da ganas de enfermarse para que le lleven allá. Por cierto que allí encontramos un jovencito, que iba por las salas enseñando el catecismo á los enfermos, y nos dijo que era hermano de una de las niñas mas queridas en esta Amiga.

Luisa. Mi hermano, señorita, mi hermano.

Directora. ¡Su hermano de vd. en el hospital enseñando el catecismo á los enfermos!

Luisa. Sí señora, sí señora. Se me habia olvidado decírselo á vd.: si vd. le viera no le conoceria.

Directora. ¡Y desde cuándo acá esa metamorfosis?

Luisa. Desde el dia que oyó un sermón que predicó un padrecito de los que hablan al alma; desde entonces siempre quiere estar con él: ha quemado todos los libros y estampas que tenia en su cofrecito: oye misa todos los dias: me ha pedido una copia de los hechos y vaticinios del Mesías: ya no sale por la noche: se entretiene en su cuarto y está muy contento con todos los de casa,

de suerte que hemos salido del purgatorio y hemos entrado en la gloria.

Directora. ¡Y en qué se entretiene?

Luisa. En leer cosas que le da el padrecito: ahora está leyendo un D. Quijote nuevo que ha salido.

Canónigo. Ese será el D. Quijote del siglo diez y ocho: *D. Papis de Bobadilla*, obra escrita por un abogado, y el mejor preservativo contra la impiedad.

Luisa. Sí señor. Dice que si él hubiera oido antes al padrecito, antes hubiera dejado las tonterías que tenia.

Canónigo. ¡Conque según todas las señas, ese es el D. Silvestre del san Fason y todas las otras cosas que aquí sucedieron cuando vino á visitar la Amiga?

Directora. El mismo: hermano de Luisita y que tanto tormento la daba. Raya en prodigio esta mudanza; para mí es verdaderamente milagrosa.

Luisa. Esta mañana me preguntó dónde vivia un sacerdote chaparrito, que viene con frecuencia á las Amigas y nos predica los sábados por la mañana. . . . Señorita, esto es para mas despacio: no está conocido.

Severa. ¿Y no tiene ya los pelos de asustao que cuando se enfadó conmigo porque iba al jubileo?

Maestra. Niña, ¿cómo se atreve vd. á hacer ahora esas preguntas delante de estos señores! Señorita, esta franqueza procede de la que les da y se toman las niñas con el genio del buen señor que nos favorece. Vayan vds. todas á su puesto: ligeras. . . .

Directora. Habla del señor compadre de vd. que tanto las acaricia cuando viene á visitarlas.

Canónigo. Es naturalmente muchachero: lo mismo sucede en Puebla; todo rato desocupado se entretiene en la escuela gratuita y con las educandas del colegio de los Gozos.

Prefecto. A propósito de *muchachero*, me dijo una vez con mucha gracia: ¿Qué quiere vd. que haga, amigo mio, si á mas de llevarlo así mi genio, cada vez me confirmo mas en que los únicos hombres y mugeres de bien que van quedando son los niños y las niñas!

Directora. Le hacen mucha gracia los dichos y espresiones inocentes de las mas pequeñas.

Canónigo. ¿Quiénes son estas dos niñas que tanto se parecen?

Directora. Estas son dos hermanitas jalapeñas

que se llaman Justa y Rufina, sobrinas de un venerable sacerdote y que se interesa cuanto puede en su cristiana educacion.

Canónigo. Aquella será la Negrita de que tanto nos han hablado.

Maestra. Sí señor. Venga vd. acá y bese la mano á este señor. Vamos, ¿qué le dice vd.? estoy. . . .

Negrita. Pa sorber á ustedé.

Maestra. Que está para servir á vd.

Canónigo. Lo entiendo, señora; se conoce que la lengua no la ayuda á una fácil pronunciacion: muchas gracias, hija mia, muchas gracias.

Maestra. Vuelva vd. á su puesto y quietita.

Directora. No se me olvida la mutacion del hermano de Luisita; si le hubieran vds. tratado antes, les pareceria increíble.

Luisa. Eso es mas para visto que para oido, señorita. Estaba un dia de estos leyendo un librito, y conociendo yo por su semblante lo mucho que le gustaba, me moví á preguntarle si era cosa buena; preciosísima, me respondió: toma, ahí verás el modo de pensar de los ilusos y el que tenia hace poco una persona que no te es desconocida. Empecé á leerle, y decia así:

Así están poseidos
 De soberbia, cubiertos de maldades
 Y de impiedad abominable y fea ;
 Y tan enardecidos
 Con el calor de las iniquidades
 Que su malvado corazon desea,
 Que destilan pecados
 En torpísimo fuego transformados.
 Traen el pensamiento
 Lleno de impudicia, y la derraman
 En torpes mil escandalosas voces
 Que inficionan el viento
 Y altamente publican lo que aman.
 Y con mordaces lenguas y feroces
 Al prójimo en la tierra,
 Y aun á Dios en el cielo, le hacen guerra.

Cuando llegué aquí, tuve que disimular mucho para que no conociera me habia enternecido. Conocí desde luego que las palabras que acababa de decirme eran relativas á su persona y conducta, con lo que no pude menos de conmovirme interiormente viendo un tan sincero arrepentimiento y una confesion tan ingénuá de su parte. No me hartó de dar gracias á Dios y bendecir al buen señor que tan buenos libros le proporciona.

Canónigo. Lo que acaba vd. de referir es lo

mas oportuno que pudiera proporcionarle; es cabalmente un trozo del Salmo setenta y dos, que coincide aunque por distinto estilo con el treinta y seis, todo moral y en que David trata de prevenir al justo contra la envidia que pudiera causarle la opulencia y prosperidad de los malos, descubriéndole la insubsistencia de los bienes que en esta vida gozan y la certeza de las penas que les aguardan: pinta con los mas vivos colores el desenfreno de los libertinos y las brutales pasiones á que sin temor alguno de Dios se entregan las almas del todo abandonadas: en seguida hace ver los funestos efectos que en el pueblo causa esta escandalosa conducta: excita á los buenos para que de modo ninguno duden de la Divina Providencia á vista de aquella momentánea felicidad y tan perniciosos ejemplos: muestra lo horroroso del castigo que hace en ellos la Divina Justicia cuando están mas descuidados y engolfados en sus pasiones; y por fin, da en su persona el parabien al justo que, ó no se dejó seducir, ó si en tiempo lo hizo, supo con el arrepentimiento volver á la senda de su eterna felicidad y acercarse de nuevo cuanto pudo á la fuente de la verdadera alegría.

Luisa. Todo es así cabalmente, señor Canó-

nigo, y aunque no todo, mantengo en la memoria lo mas esencial, pues no pude menos de leerlo y releerlo muchas veces, aprendiendo cuanto pude por lo mucho que me gustó.

Directora. Si es eso así, tenga vd. la bondad de seguir diciéndonos cuanto se acuerde, pues á todos nos gusta oír unas cosas tan buenas.

Luisa. Señorita, sabe vd. no tengo mas gusto que complacerla: dice así.

En esto el pueblo insano
 Vuelve y revuelve con ociosa idea,
 Viendo al impío lograr tan buenos dias
 Siempre alegre y ufano.
 Y dice: qué, ¿ es posible que esto vea
 Dios y las celestes gerarquías?
 ¿ Que siendo delincuentes,
 Ricos han de vivir y florecientes?
 Feliz yo, que inflamado
 Mi corazon, trocado mi deseo,
 Mi ignorancia y mi nada conocidas,
 Cual jumento cargado,
 Obediente y sumiso á tí me veo.
 Y tú, asiendo mi diestra, me convidas
 A seguir tus pisadas
 Y entrar lleno de gloria en tus moradas.
 Morirán muerte dura

Los que de tí se alejen: condenados
 Los adúlteros necios amadores
 A eterna desventura
 Serán, que de tu trato separados
 Suavisimo y dulce, otros amores
 Contrarios admitieren
 Y á tu amor y á tu fe traicion hicieren.

.....
 Por eso á mí conviene

Siempre unirme á mi Dios con fe sincera:
 Y en él solo sus dulces esperanzas
 Puestas el alma tiene;
 Y por eso, Señor, cantar espera
 Sin cesar en Sion tus alabanzas,
 Tus hechos inmortales,
 Tus altísimas obras divinales.

Directora. Muy bien, Luisita, ha estado vd. primorosa y lo ha hecho con su gracia acostumbrada.

Canónigo. Si ha tenido la dicha de dar con un padrecito tan celoso, no dudo le hará con libros los mas preciosos, y que en breve, con la gracia de Dios, le curen las cicatrices de las heridas que pudo causarle la lectura de los perniciosos que le redujeron á un estado tan deplorable.

Luisa. Tiene muchos y á cual mejores. La In-

roduccion á la Vida Devota, el Jamin, la Guia de Pecadores, el Pascal, las Recreaciones, las obras de Balmes, los Mártires, el Genio del Cristianismo, y otros muy buenos y muy bonitos. El Kempis por supuesto lo tiene sobre la mesa.

Canónigo. Ese estaria mejor en el bolsillo; llevándole siempre consigo y leyéndolo por donde se abriera.

Maestra. Diga vd., Luisita, ¿estuvo en los Desagravios del Espíritu Santo?

Luisa. Estuvo, señorita, aunque no fué con buena intencion, segun él me lo ha confesado francamente; oyó el sermon que hizo el predicador sobre la lectura de malos libros, que fué en la ciudad tan justamente celebrado. Desde entonces, dice, no tuvo un instante de quietud: no podia desechar de su imaginacion la idea de la muerte, y del infierno que habia merecido por sus pecados: le atormentaba igualmente el pensamiento de verse espuesto á un eterno padecer siguiendo en sus desórdenes; y esta continua idea le acibaraba el gusto en medio de sus mayores placeres y locas diversiones. Todo esto pasaba en su interior, como él mismo me lo ha manifestado; pero no sabia cómo desprenderse de las amistades, tertulias y pasatiempos á que estaba acos-

tumbrado. Dice que aun anteriormente padecia grandes tristezas y muy malos ratos.

Canónigo. Buen ejemplo tenemos y buena prueba nos dió de todo ello el rey Salomon: entregado á todos los placeres que pudo proporcionarse con su mucha sabiduría y gran poder, prorumpia en dolorosos ayes que manifestaban su interior amargura. Solo Dios puede llenar nuestro corazon; todo lo demas es miel de Heraclea, que con risa causa muerte.

Luisa. Estaba, segun él dice, triste por dentro aunque por fuera alegre; así como por el contrario, parecerá ahora triste á sus amigos, estando lleno de gozo interior. Yo lo creo, porque no se harta de estar á solas en su cuarto. Me dijo una vez sonriéndose: qué bien decia abuelo, Luisita, *Pater noster y buen vino.*

Canónigo. Seguramente que ahora se habla mucho y no se dice nada, y nuestros antiguos en dos palabras lo decian todo. *Pater noster y buen vino:* es decir, todo se reduce á *cuidarse y salvarse*, lo demas tiempo perdido.

Directora. Parece imposible una mutacion tan extraordinaria en tan corto tiempo.

Canónigo. Nada estraño, señora, porque siendo todo falta de instruccion, fomento de pasiones

y compañías de mala clase, tan luego como se dejen estas y se abren los ojos á la luz de la razon, cualquiera que tenga mediano entendimiento, consultando con una verdadera alegría y aspirando á la eterna felicidad, se decidirá y emprenderá la marcha contraria á su ruina y perdicion. Yo espero que han de tener unos felices resultados las nuevas instrucciones que aquí se han emprendido, y mas si llegaran á imprimirse por el mismo estilo de los diálogos tan gustosos que aquí han formado las niñas.

Directora. Todas estamos en lo mismo por lo que hemos visto desde que empezamos con este nuevo método.

Canónigo. En mi sentir, solo falta para que la instruccion sea completa, el que se autorice mucho mas nuestra santa religion con el testimonio de sus mayores enemigos, ó que habiéndolo sido, se desengañaron y convirtieron en sus mas acérrimos defensores. De estos se podian traer innumerables, y daria un realce extraordinario á las pruebas que tienen recibidas.

Prefecto. Eso seria seguramente completar la obra, y cerrar del todo la puerta á las cavilaciones de algunos alucinados.

Directora. Así lo insinué á uno de los ecle-

siásticos mas respetables de México, pero no dejó de hacerme fuerza la razon que me dió para no mezclar tantas pruebas con las de otra clase: las mira como superiores á la edad de las niñas que concurren á esta Amiga. En una palabra, lo tiene por alimento mas sólido del que conviene á tan tierna edad.

Prefecto. Pero esto pudiera suplirse con unas notas, que se añadieran por separado, ó de algun otro modo que se tuviese por mas conveniente. Si llegase el caso de imprimirse las visitas, no dejaría mi compadre el Sr. D. Diego Ruiz, que tanto se interesa por los adelantos de las niñas de esta Amiga de dar trazas como hacerlo, y salvar esas dificultades. ¡Cuántos testimonios de esta clase se podrian sacar de la historia profana á favor de la divinidad de Jesucristo!

Canónigo. Las historias profanas están todas llenas, y dan el mas claro de las cosas maravillosas ocurridas en su divina persona, y nos confirman en la evidencia de las pruebas alegadas á favor de su divinidad. En primer lugar, la espectacion universal de un enviado de Dios, igual á él mismo, libertador, maestro, salvador y reparador de todo el género humano, se halla sostenida por los autores mas célebres del gentilismo,